

# IN MEMORIAM

KARL BARTH

## EL PROFETA DEL DIOS ABSOLUTAMENTE OTRO

Hacia el término de 1968, tras una larga e infatigable actividad teológica, murió a los 82 años de edad el eminente profesor protestante Karl Barth. Quisiéramos rendir un homenaje a su memoria recordando algunos rasgos de su labor.

### ALGO SOBRE SU TRAYECTORIA

Karl Barth nació en Basilea, Suiza, en 1886. Terminados sus estudios humanísticos y teológicos, recibió el cargo de Pastor en el pequeño pueblo de Safenwil, donde desarrolló una gran actividad social. El impacto de la primera guerra mundial lo obligó a replantearse las preguntas fundamentales acerca de Dios y del hombre, y así, a recorrer nuevos caminos en el campo de la teología. Como fruto de esta reflexión apareció en 1919 su "**Carta a los Romanos**", reelaborada y en parte corregida en 1922. Allí esboza la imagen del "Dios totalmente diferente", concepto que ha caracterizado su teología y que le hizo merecer entonces el nombre de "teología dialéctica", por cuanto pretendía establecer una separación insalvable, casi una contradicción, entre Dios y el mundo, incluyendo en éste el orden humano. El mismo lo expresaría así más tarde: "Lo que empezó a evidenciarse con fuerza en ese momento para nosotros, no

fue tanto lo humano en Dios sino su **divinidad**: un Dios absolutamente único en su relación al hombre y al mundo, inconmensurablemente elevado y distante, extraño, precisamente un Dios 'completamente diferente'. Tal era el Dios con el cual el hombre se enfrenta cuando toma el nombre de Dios en sus labios, cuando Dios sale a su encuentro, cuando él entra en relación con Dios. Eramos confrontados con el misterio, sólo comparable a la oscuridad impenetrable de la muerte, misterio en el cual Dios se oculta a sí mismo precisamente al revelarse, anunciarse y descubrirse a sí mismo para el hombre, y en cuyo juicio el hombre no puede sino experimentar que Dios le es favorable, que Dios quiere ser y es su Dios" (1).

En ese entonces, Barth sigue las huellas de Kierkegaard y del pensamiento existencialista, aunque en forma muy personal, reaccionando frente a la teología de los que fueron sus maestros, Adolf von Harnack y otros, y frente a la tradición teológica evangélica del siglo XIX fuertemente influenciada por Schleiermacher.

El impacto que causó su "Carta a los Romanos" le significó ser enrolado como profesor en los principales centros teológi-

---

(1) Karl Barth, **The Humanity of God** (H. of G.), John Knox Press, Virginia, 1960, p. 37.

cós de Alemania: en 1921 en Göttingen, 1925 en Münster, 1930 en Bonn, donde enseñó hasta que las circunstancias políticas lo obligaron a volver a su patria. Basado en sus mismos principios dogmáticos, y a diferencia de muchos otros que no veían los errores del nazismo, presentó una oposición clara al régimen, que pretendía subyugar a la Iglesia Evangélica y utilizarla para sus fines políticos. A partir de entonces enseñó en Basilea, su ciudad natal, cátedra que conservó hasta pocos años antes de su muerte. Después de la segunda guerra mundial, volvió a retomar paralelamente sus clases en Bonn. El catálogo de sus obras, publicado en el volumen de homenaje que le dedicaron sus amigos con ocasión de sus 70 años, comprende 406 obras (2).

La concepción teológica de Barth no es obra de un día. Es un pensamiento que crece a través del tiempo, a partir de una intuición básica, y que se expresa progresivamente con mayor riqueza y precisión. El Karl Barth de la "**Kirchliche Dogmatik**", su obra fundamental, ya no será el mismo de la "Carta a los Romanos". Espíritu muy abierto, él mismo reconocerá y manifestará sus cambios de pensamiento, mostrando que no se trata de una oposición a lo que anteriormente dijera, sino de una complementación. En todas sus obras y hasta el fin de sus días, permanecerá fiel a su primera inquietud: mantener a salvo el principio básico de la soberanía absoluta de Dios y que de El proviene toda iniciativa en su relación con el hombre.

#### LA GENESIS DE SU PENSAMIENTO

El mismo Barth ha mostrado cómo su pensamiento teológico creció en contraste con el de sus predecesores. No niega el haber recibido mucho de ellos, aludiendo, más de una vez, a la importancia que tiene para la teología el avanzar partiendo de las ver-

dades descubiertas anteriormente en y por la Iglesia: "La teología pertenece al amplio patrimonio de la Iglesia cristiana, ecuménica y universal, tanto en el espacio como en el tiempo. En la Iglesia existe una comunidad de intereses que puede ser a veces puesta en juego, pero nunca cancelada, ni siquiera ante las más extremas diferencias de planteamiento. En la Iglesia, y consecuentemente en la teología, el mandamiento 'honra a tu padre y a tu madre' es válido y sigue obligando a los hijos aun cuando ya han abandonado la casa paterna. Respetar y sostener los lazos que ligan el presente al pasado, a pesar de profundas quebraduras, es, por lo tanto, un imperativo" (3).

A pesar de ello, Karl Barth consideraba necesario un cambio de dirección en el pensamiento, una ruptura con la teología reinante en ese momento, cuando escribió su "Carta a los Romanos". Es importante considerar esto para captar el núcleo central de su pensamiento, al cual había de permanecer siempre fiel, y para comprender el carácter absoluto de sus primeras expresiones. Este cambio de dirección tuvo un marcado carácter polémico o crítico. En forma violenta quiso dar otro rumbo a la teología evangélica. Al hacerlo, no buscaba otra cosa sino una conversión al mensaje central de la Escritura y al pensamiento cristiano original. ¿Cuál era esa situación? El mismo Barth nos la describe así: "La teología evangélica, casi en toda su línea, y con certeza en sus formas y tendencias representativas, había llegado a ser 'religionista', 'antropocéntrica', y en ese sentido, 'humanista'. Lo que quiero decir es que disposición externa o interna del hombre, en otras palabras, su piedad —la cual perfectamente podía ser piedad cristiana— había llegado a ser el tema único de la teología y el objeto de su estudio. Daba vueltas en torno a eso y parecía obligada a ello sin otra alternativa. Esto era así en la teología evangélica, tanto en su doctrina

(2) **Karl Barth zum 70. Geburtstag**, Zürich, 1956, pp. 945-960.

(3) **Evangelical Theology in the 19. Century**, John Knox Press, Virginia, 1960, p. 12.

acerca de los principios, en su presentación del pasado cristiano y en su concepción práctica del presente, tanto en su moral como en aquello que podría considerarse su dogmática, y por lo tanto, en la predicación e instrucción impartida a la Iglesia, pero sobre todo, en su interpretación de la Biblia. ¿Qué sabía y qué decía acerca de la **divinidad** de Dios? Para esta teología, pensar acerca de Dios significaba, en forma apenas velada, **pensar en el hombre**; más exactamente, pensar en el hombre religioso; en el hombre religioso cristiano. Hablar de Dios, significaba hablar en un tono sublime, pero hablar nada más que de ese hombre, de sus revelaciones y maravillas, de su fe y de sus obras. No cabe duda: aquí el hombre era engrandecido sacrificando a Dios —al Dios divino, que es otro ser que el hombre, que se enfrenta a él soberanamente, que, inamoviblemente y sin cambio, se alza ante él como el Señor, el Creador y el Redentor” (4).

Barth veía que, en su deseo de dialogar con los hombres de su tiempo y demostrarles la verdad de la fe, los teólogos habían pasado a ser meros filósofos; habían reducido el Dios revelado a un Dios fabricado por la religiosidad del hombre y, en definitiva, sólo se ocupaban del hombre mismo: “La teología trabajaba bajo la presuposición general que **la relación al mundo** en su principal tarea, y bajo la presuposición específica de que allí está la posibilidad de que la fe sea aceptada por todos. El resultado fue que los teólogos, al abordar su tarea propia en la Iglesia y para ella, estaban más interesados en la fe del cristiano que en el mensaje cristiano. En cuanto al contenido, estaban más interesados en la relación del hombre a Dios que en la actividad de Dios hacia el hombre” (5). Barth sentía que habían olvidado y suprimido el hecho que la relación del hombre a Dios se basa en la actividad de Dios hacia el hombre y no a la inversa.

Partían desde abajo y, por lo tanto, no lograban el diálogo con Dios, sino un monólogo del hombre consigo mismo. Esto lo convencía de que, tarde o temprano, nada tendrían que decirle al mundo. Sólo dirían lo que el ambiente que los rodeaba ya sabía, y mejor que ellos (6). Estaban silenciando la iniciativa de Dios y su irrupción soberana en la historia humana a través de Jesucristo. La confirmación de ello la recibió Barth por la inutilidad e inoperancia de esa teología frente a los crudos problemas de la guerra o frente a los problemas sociales. El Dios de la “autoconciencia religiosa”, proclamado por aquella teología, aparecía confinado a un silencioso destierro. El Dios verdadero y personal no podía ser ése; debía ser “absolutamente diferente” y, como tal, capaz de **actuar** y de **hablar**.

Aquel impulso de Barth de introducir un cambio de dirección en el quehacer teológico, tuvo mucho de profético. Para él, la teología no se ocupa de especulaciones abstractas, sino que es reflexión dependiente de la **Palabra viva** de Dios y, por tanto, de la acción de Dios, del acontecimiento que es su acercamiento al hombre. Como dice Hans Küng, “Barth piensa partiendo de lo alto, de lo real, de los hechos y de lo concreto y, sobre todo, partiendo de lo **concretísimo** que es Dios y su revelación en Jesucristo” (7). “La teología, dice Barth, es una actividad crítica según la norma de la escritura y los datos de las confesiones de fe de la Iglesia, por la cual ésta toma conciencia del contenido de su predicación. Por lo tanto, tiene una relación directa a la comunicación del mensaje auténtico, y al eco de vida que éste despierta en la Iglesia” (8). Al ver lo que sucedía a su alrededor, al ver la mimetización de la teología con el pensar puramente humano provocada por el deseo desmesurado de

(4) *H. of G.*, pp. 39-40. Cf. *Evangelical Theol.*, pp. 23-27.

(5) *H. of G.*, p. 25

(6) *Evangelical Theology*, p. 27 y p. 30.

(7) Hans Küng, *La Justification*, París 1965, p. 24.

(8) *Esquisse d'une Dogmatique*. Neuchatel 1950, pp. y sgts.

adaptación, que en el fondo la privaba de su propio mensaje, y sobre todo al considerar la claridad del mensaje de la Escritura, Barth se sintió impulsado a reaccionar en forma "bastante severa y brutal, y hasta cierto punto —al menos, según lo expresó la parte adversa— en forma herética" (9). Parecía acentuar tanto la realidad de Dios, que de hecho destruía al hombre. Pero Barth sabía que su reacción tenía algo del profeta que se siente llamado a clarificar las cosas y a salvar la verdad principal olvidada: "El muro de piedra que alzamos ante todo frente a ellos, fue que el tema de la Biblia es la divinidad **de Dios**, más exactamente, que si se trata de Dios, trata de su **divinidad** — de la independencia de Dios y de su carácter personal y propio, no sólo en comparación a la naturaleza toda, sino en particular frente al cosmos de lo espiritual; de la existencia de Dios, absolutamente única, de su poder y de su iniciativa absoluta, sobre todo en lo que toca a su relación con el hombre. Sólo en esta forma éramos capaces de entender la voz del Antiguo y del Nuevo Testamento. Sólo con esta perspectiva sentíamos que podíamos seguir siendo teólogos y, en particular, predicadores, ministros de la Palabra divina" (10).

Al considerar así las cosas, comprendemos la fascinación que Barth experimentó por la imagen y el concepto de un "Dios totalmente diferente" y que lo llevó durante ese período incluso a presentarlo como contrario a lo humano, al miserable despojo que es el hombre. Las expresiones que adoptó, o que en parte inventó, pretendían sólo asegurar la trascendencia, independencia e iniciativa primera de Dios en todo, a fin de salvar también su acción real y personal en el mundo. Dios era aquel que irrumpe inesperadamente en la realidad del hombre, perpendicularmente, desde lo alto. Entre Dios y el hombre veía Barth "una distinción cualitativa infinita", un vacío, siendo su encuentro sólo como el pun-

to matemático en el cual la tangente toca a la circunferencia. No procede del hombre ni tiene su base en él, sino tan sólo en Dios.

Allí se encuentra, pues, el punto de partida, el núcleo y también la fuerza de la teología barthiana: "la plena seguridad de que en la Biblia hay sólo **un** interés teológico: Dios; que sólo aparece **un** camino, el que procede de lo alto y descende" (11). Su teología establece y valoriza la primacía de Dios, pone en primer plano y nunca olvida su iniciativa soberana y su irrupción libre y siempre nueva en la historia humana. Sólo en esta luz podemos entender sus expresiones, las consecuencias a que llega y, sobre todo, sus desarrollos polémicos. Rechazará cualquier intento de definir a Dios a partir del mundo, en oposición al único conocimiento verdadero que poseemos de El por su Palabra.

El peligro de esta posición, evidentemente, estaba en el hecho de absolutizar en tal forma al Dios trascendente, que la creatura simplemente desapareciera. Poco a poco Barth fue expresando con mayor claridad que su inquietud era **darle la primacía a Aquel que debe tenerla en todo**, y dársela sin negar las demás cosas, pero sin dejar de ver aquello que es primero y que es origen de todo, la libre determinación y elección de Dios: "¿No parecía tal vez que nuestra posición perdía casi totalmente de vista que la **divinidad** del Dios **vivo** —del cual ciertamente queríamos tratar— sólo encontraba su significado y su poder en el contexto de Su Historia y de Su Diálogo con **el hombre**, y así, en su **cercanía** al **hombre**? En verdad —y éste es el punto del cual nunca podremos retirarnos— se trata de la cercanía soberana **de Dios** para con el hombre, una cercanía fundada **en El** y determinada, delimitada y ordenada **sólo por El**. Sólo en esta forma y en este contexto, puede ella darse y ser reconocida. Se trata, sin embargo, de la **cercanía** de Dios para con el hombre. Quién es El y qué cosa es su divinidad, Dios no lo de-

(9) H. of G., p. 43.

(10) H. of G., p. 41.

(11) H. of G., p. 43.

muestra ni revela en el vacío, como un ser-para-sí-mismo divino, sino precisamente en el hecho que existe, habla y actúa como el colaborador (Partner) del hombre, si bien, evidentemente, como un colaborador absolutamente superior. Aquél que hace **eso** es el Dios vivo. Y la libertad con la cual lo hace es su divinidad. Es la divinidad, que, como tal, tiene también rasgos de humanidad. En esta forma y sólo así, ha de oponerse nuestra visión de la divinidad de Dios a aquella teología anterior. Es precisamente la **divinidad de Dios** la que, entendida en forma correcta, incluye su humanidad" (12).

#### FIDELIDAD A UNA INQUIETUD FUNDAMENTAL

A través del tiempo, Karl Barth, como verdadero maestro, ha sabido cambiar. Ha reconocido que, en su acentuación, tenía **parcialmente** la razón, y que, sin renunciar en nada a su intuición fundamental, podía integrar también en su concepción total los elementos verdaderos de la teología frente a la cual reaccionó. Pero hasta sus últimos días, no podrá abandonar lo que fue su punto de partida. La teología, en sí misma y en su proyección vital, ha de tener, en definitiva, un solo centro de interés: el Dios soberano que irrumpe en la historia humana para construir en ella Su Historia: el intercambio que Dios sostiene con el hombre, por Su iniciativa libre y gratuita, según la cual quiere ser y no es otra cosa que el único Dios del hombre (13).

En esa perspectiva han de comprenderse sus críticas primeras y luego su positivo acercamiento al concepto católico de "analogía del ser" (14). Es evidente que, dado

su punto de partida y el énfasis puesto en él, siempre había de temer que bajo esa visión que incluye la idea de participación por parte de la creatura en algo que de suyo es propio de Dios, se llegara a perder de vista la radical soberanía de Dios, su absoluta primacía, y se llegara en cierto modo a divinizar lo humano en sí, para luego descartar al Dios personal, contentándose el hombre sólo con la creación como tal, bajo la excusa de que ésta en verdad, en todo lo que es, participa de algo de Dios. Barth una y otra vez insistirá en que la creatura no es Dios, pero poco a poco acentuará también que el Dios revelado, único y absoluto, asume lo creado y en particular lo humano y que, entonces, el hombre puede y debe interesarse por ello: no por ello mismo, sino en cuanto todo ello **interesa a Dios** (15).

No está de más recordar nuevamente que el interés de Karl Barth en estas preguntas es principalmente vital y concreto. Barth no busca resolver problemas especulativos, sino conocer y proclamar al Dios verdadero; al Dios de Abrahán, Isaac y Jacob; al Dios de Jesucristo. Es así como su dolorida crítica al Dios de Schleiermacher es que "ese Dios no puede mostrar misericordia" (16), pues no es otra cosa que el reflejo del hombre mismo. Es ese mismo interés y esa misma inquietud que lo llevan a plantearse un serio interrogante frente al existencialismo teológico de Rudolf Bultmann: "Ciertamente el existencialismo ha podido recordarnos una vez más ciertos elementos de verdad presentes en la antigua escuela, al introducir de nuevo el pensamiento de que no se puede hablar de Dios sin hablar del hombre. Pero es de esperar que no nos lleve otra vez al antiguo error de que podemos hablar mucho del hombre y muy en concreto, sin que primero hayamos hablado del Dios vivo" (17).

(12) H. of G., p. 45.

(13) H. of G., p. 37.

(14) Respecto a este punto, en el cual no podemos extendernos aquí, Cf. la excelente exposición y crítica de Hans Urs von Balthasar en "Karl Barth, Darstellung und Deutung seiner Theologie" (Köln 1951), acogida sabiamente por Barth.

(15) H. of G., p. 50.

(16) H. of G., p. 51.

(17) H. of G., p. 57.

En una de sus últimas conferencias, poco antes de su muerte, al abordar el tema "Una Iglesia que se renueva", vuelve a manifestar lo que fue la línea directiva de su pensamiento a través de toda su vida: "¿Quién renueva a la Iglesia? ¿Deberá renovarse ella misma por medio de cualquier tipo de innovaciones?... ¡Dios **renueva!** Dios, que, a pesar de lo que dicen los 'insensatos' de nuestros días en sus corazones, en sus revistas y en sus libros, **no ha muerto**; Dios, que no es un Dios de muertos, sino que es el Dios vivo, en el cual, en cuanto es Dios, está la fuente de toda vida (Ps. 36, 10) y también la fuente de toda renovación: 'He aquí que hago nuevas todas las cosas' (poc. 21, 5)" (18).

Y, como en los primeros años de su actividad, vuelve a expresar su temor de que no sea Dios quien dé origen a todo lo que sucede en las Iglesias cristianas: "La Iglesia que se renueva es el pueblo de Dios en 'aggiornamento'". El famoso concepto significa, traducido en forma libre: adaptación de la vida propia a la vida de otro. La vida de este "otro", al cual la Iglesia ha de adaptarse, no puede ser, en primera instancia, otra que la vida del Dios trino en su actuar en el mundo y en la Iglesia; bajo ese punto de vista, es la Iglesia —aunque la imagen parezca extraña debemos usarla— una casa completamente abierta hacia arriba, una casa sin techo. **Es necesario que se abra sin límites hacia su Señor.** Y aquí se plantea la pregunta, que nosotros, los llamados Evangélicos, debemos dirigir a aquellos que se precian de un Neoprottestantismo y también a todos los de tendencias más modernas, y sin lugar a dudas al Catolicismo romano posconciliar, la simple pregunta: si acaso las "ventanas al mundo" de nuestros protestantes, pero también del último Concilio, en ciertos momentos no fueron demasiado acogedoras? Porque cuando se construyen y se abren demasiadas ventanas, la casa deja de ser casa. La sal pertenece a la masa. Pero la

masa misma no es sal, y la sal, por su parte, no debe querer transformarse en masa para llegar a ser masa. De lo contrario, el concepto de Iglesia podría ampliarse en tal medida, que luego desaparecería en la oscura nebulosa del cristianismo inconsciente" (19).

No es espíritu regresivo o senil lo que llevó al eminente teólogo a formular esas preguntas. Toda su conferencia respiraba alegría y optimismo; incluso se permitió ridiculizar finamente a aquellos cristianos que sólo ven problemas y preguntas —teólogos de todas las confesiones e iglesias— y que por todas partes sólo muestran caras angustiadas, sin ver que en Dios, que gobierna a su Iglesia, está la fuente del verdadero optimismo. ¿No será aquella pregunta la fidelidad de un profeta al mensaje para el cual fue llamado? Nuestro tiempo, y la teología de nuestros días, han vuelto a centrar sus miradas en el hombre y en el valor de lo humano. Y en ello no podemos desconocer grandes valores. Pero, ¿no querrá también Dios llamar la atención de los teólogos y de los pensadores cristianos, a través del mensaje de Karl Barth y a pesar de las limitaciones que él pueda encerrar, para que no quede en último lugar aquello que es primero? Al comenzar su reflexión, nos dice el mismo Barth, le impresionó la fuerza del dedo de Juan Bautista, que señalaba con autoridad al Único Santo: "El debe crecer y yo disminuir".

¿No aparece, en verdad, su voz como voz del profeta que llama en el desierto para mostrar dónde está el único punto de partida de la salvación, de la verdad que nos hace libres? Si algún mensaje central se desprende de la obra del maestro fallecido, no parece ser sino: "Buscad el Reino de Dios primero y lo demás vendrá en consecuencia".

**Pedro Gutiérrez, Pbro.**  
Prof. Fac. de Teología U.C.

(18) "Kirche in Erneuerung", en **Schweizer Rundschau**, 1968, N° 3, pp. 152-158.

(19) *Ibid.*, p. 157.